



II DOMINGO DE CUARESMA, CICLO B

Fr. David Rosenberg

<http://HopeCrossingMinistries.com>

«En aquel tiempo, Jesús tomó aparte a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos a un monte alto y se transfiguró en su presencia.»». Marcos 9:2

En el Evangelio del primer domingo de Cuaresma de la semana pasada se nos recordaba que la Cuaresma es un tiempo de ayuno, oración y limosna. En otras palabras, un tiempo para unirnos a Jesús en una "experiencia de desierto" para reflexionar y actuar sobre nuestros dones particulares y derramar en pura oblación nuestro tiempo, nuestros talentos vocacionales y nuestros recursos materiales a los demás.

En este segundo domingo de Cuaresma, concluimos nuestra experiencia del desierto siguiendo a Jesús a la montaña, donde se transfigura. Esta transfiguración se revela a Pedro, Santiago y Juan, líderes de la Iglesia naciente que Cristo dejó atrás, y ahora a nosotros. A través de un encuentro personal con el Cristo místico transfigurado, testimoniamos a nuestra comunidad, por medio de Su Santa Palabra, un "camino a tus pies" (véase Salmo 119:105) para que lleguemos a creer esta experiencia trascendente en la cima de la montaña como una iluminación para la mente, el corazón y el alma, y una visión radical de una nueva vida en Cristo. Esta iluminación irradia el Sagrado Corazón de Jesús a través de sus deslumbrantes vestiduras blancas. La luz de Cristo "destroza las tinieblas, y las tinieblas no la han vencido". Juan 1:4 Eleva a los seguidores de Jesús cuando se elevan por encima de la vida mundana de la existencia mortal, hacia una visión ampliada de la realidad eterna del Cuerpo Místico de Cristo.

Entonces llegó una nube que les hizo sombra; de la nube salió una voz: "Este es mi Hijo amado. Escuchadle". Marcos 9:7 Esta voz de Dios Padre es una orden para que los cristianos de todas las épocas se preparen para descender la montaña y seguir a Jesús hasta su Pasión y Muerte. Todos debemos pasar por el fuego del refinador, esa dolorosa prueba de fuego que nos lleva a la confesión, la reconciliación y el perdón de nuestra vida pecaminosa. "Pero, ¿quién podrá soportar el día de su venida? ¿Quién podrá resistir cuando aparezca? Porque será como el fuego de un refinador. Se sentará como un refinador y purificador de plata; nos purificará y refinará nuestra alma como el oro y la plata". (Malaquías 3, 2-3).

Para soportar esta prueba, la Madre Iglesia nos da el maná, "el pan nuestro de cada día" (cfr. Lc 11,3), a través de la Eucaristía, que nos sostiene en nuestras pruebas terrenas. A continuación, el ejemplo de Jesucristo en su Pasión nos inspira a elevar nuestros ojos a la vida trascendente, y a mantenernos firmes en la visión de la Nueva Jerusalén, donde resucitamos victoriosos sobre la muerte hacia una resurrección gloriosa en la que la muerte no tiene aguijón. "Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh sepulcro, ¿dónde está tu victoria? El aguijón de la muerte es el pecado. Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo". (véase 1 Co 15,55)

En la reflexión de esta semana, saboreemos la dulzura de la eternidad al ver transfigurado ante nosotros a Cristo, de quien brota toda misericordia, incluso cuando nuestra propia vida refleja su gloria. Que nuestro camino por el Vía Crucis esté lleno de alegría, incluso en las pruebas de la vida. Mantengámonos firmes en la promesa de una Nueva Creación que nos espera.

"Caminaré delante del Señor, en la tierra de los vivos". Salmo 116

Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Marcos

En aquel tiempo, Jesús tomó aparte a Pedro, a Santiago y a Juan, subió con ellos a un monte alto y se transfiguró en su presencia. Sus vestiduras se pusieron esplendorosamente blancas, con una blancura que nadie puede lograr sobre la tierra. Después se les aparecieron Elías y Moisés, conversando con Jesús.

Entonces Pedro le dijo a Jesús: "Maestro, ¡qué a gusto estamos aquí! Hagamos tres chozas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". En realidad no sabía lo que decía, porque estaban asustados.

Se formó entonces una nube, que los cubrió con su sombra, y de esta nube salió una voz que decía: "Éste es mi Hijo amado; escúchenlo".

En ese momento miraron alrededor y no vieron a nadie sino a Jesús, que estaba solo con ellos.

Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó que no contaran a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Ellos guardaron esto en secreto, pero discutían entre sí qué querría decir eso de 'resucitar de entre los muertos'.

El Evangelio del Señor.

Te alabamos, Cristo Señor.